

ALGUNAS FACETAS DEL REALISMO PEDAGOGICO

•

SAN JUAN BAPTISTA DE LA SALLE, O EL REALISMO POPULAR CRISTIANO

La bibliografía pedagógica moderna y, más aún, repetidas sugerencias de campos sumamente diversos—socio-lógicos, políticos y médicos, sobre todo—, sin olvidar las legítimas aspiraciones del hombre de la calle, coinciden actualmente en la necesidad de una más eficaz estructuración de los grados escolares, en función de las exigencias ineludibles, que la realidad social ha de plantear al alumno.

Como si la escuela de hoy, a pesar de ser una institución social, con funciones también sociales indiscutibles, a fuerza de volverse reflexiva y sistemática—dos caracteres, por lo demás, sumamente dignos de acentuarse—, hubiera caído en el escollo de hacerse artificial y, divorciándose progresivamente de la vida, hubiera llegado a constituirse en «un islote formalista y académico».

Sin embargo, el mal no es de hoy. En realidad, podríamos replantearnos con textos de Simón Abril, de Erasmo, Montaigne, Comenio o Locke, la pregunta acuciante: *¿cómo educar mejor? ¿Cómo lograríamos sustituir esta educación libresca y adocenada que padecemos por otra más directamente vital e interesante?* Siempre la misma posición incómoda e insatisfecha de la Pedagogía, acuciada por exigencias científicas e ideales, respecto de la educación, que es lo fáctico, lo empírico y, como tal, propicio al anquilosamiento rutinario.

Pero, ¿quiere decir esto que, por encontrarla formulada con frases de otras épocas, nuestra inquietud presente ha de tener el mismo sentido que en aquéllas, ni aún que la

misma pregunta puesta en labios de distintos autores tenga idéntico significado?

Apresurémonos a confesar la notable diferencia con que las diversas circunstancias especifican una misma posición, hecha, en nuestro caso, de crítica negativa, por un lado, y de atisbos creadores, por otro. No; los denuestos de Locke contra la enseñanza memorista y los de Simón Abril, por ejemplo, no significan una sola y misma cosa.

Y, sin embargo, en las posiciones aludidas, incluyendo la nuestra, existe un afán vitalizador de las auras escolares que pervive como *sustratum* de todas estas inquisiciones en pos de una actuación más eficaz. Es, en el fondo, un sedimento de anhelo realista que la Pedagogía arrastra desde el Renacimiento, sin haber aún logrado la posición de equilibrio que una concepción ideal de su porvenir científico nos hace desear. Pero, al hablar de sedimento realista, quisiéramos desorbitar la palabra *realismo*—empequeñecida, sin duda, respecto de su primitivo significado por haberse constreñido a los límites de ciertas corrientes pedagógicas—y revalorizarla, rescatándola, para designar con ella un concepto permanente de la visión educativa: el propósito de vitalizar la educación, que, en último término, no es sino un afán de perfeccionarla con vistas a su eficiencia, lo cual, por tratarse de una actividad dirigida, es la última meta que lógicamente puede proponerse.

El sistema de vigencias que determina la educación actual le exige una autoestructuración más conectada con diversos sectores de la realidad, de los que hasta ahora se ha mantenido, en general, alejada. Esta es la singladura indiscutible con que las diversas circunstancias hieren nuestra hora pedagógica. Mas si la circunstancia histórica condiciona al hombre por doquier, no es menos cierto que, en definitiva, es el hombre quien hace la Historia. ¿Cómo se ha hecho la historia de las múltiples respuestas que la Pedagogía ha dado ya en los últimos siglos al amplio afán

renovador del *realismo*? No puede dejar de ser fructífero para un futuro constructivo y, por ende, nunca totalmente dislocado de la tradición, el aproximarnos a la obra de otros hombres que se sintieron golpeados por este mismo martillazo de hoy; ¿cómo hacer más eficaz la educación?; ¿cómo superar su trascendencia vital?

Pretendemos ofrecer en números sucesivos diversas respuestas a esta misma pregunta, fraguadas todas ellas en el yunque del pensamiento moderno. Hoy inauguramos esta serie con una síntesis de la obra lasalliana, por entender que en su agudo y ponderado realismo yacen los gérmenes de las principales realizaciones de la escuela actual.

* * *

Ante todo, hay que subrayar el sentido social del realismo lasalliano. San Juan Bautista de La Salle sintió agudamente la fisura de ignorancia e ineptitud por donde la patria y, sobre todo, el pueblo, ¡el gran pueblo!, se hundía. Por eso su escuela es una escuela universal, democrática por esencia.

¿Habría leído *De la República*, de Bodino?, se pregunta uno de sus hijos (1), ¿o conoció acaso el *Tratado de Economía política*, de Montchrétien (1615)? ¿O, al menos, las *Economías Royales*, de Sully (1634)? ¿O *Delle cause della grandezza e magnificenza delle città* (1588)? Es difícil que Serra, *Breve trattato delle cause che possono fare abbondare li regni d'oro e d'argento dove non sono miniere* (1613), y Bocchi, *Della giusta universale misura* (1621), entre los italianos; Child, *Observations concerning Trade and interest of Money* (1688), entre los ingleses, o el austriaco Hörnick, *Oesterreich uber alles wann'es nur will* (1684), fueran libros que poblaran la biblioteca, por lo demás abierta y acogedora, de un gentilhombre del si-

(1) F. Emiliano, *Dottrini e apporti sociali nell' opera di S. Giovanni Battista de La Salle*, «Rivista Lasalliana», enero 1947.

glo xvii. Quizá apenas entraba un Petty o un Locke, por su carácter más bien filosófico. Por lo que se observa de sus escritos y se transparenta en la conducta, no fueron éstos sus autores predilectos. Los mismos trabajos de Ratke, a pesar de pertenecer a su generación inmediata anterior, y hasta la publicación de una obra como la *Didáctica Magna*, de Comenio (1649), que tanto respondía a sus preocupaciones, hemos de pensar fundadamente que le fueron desconocidos, teniendo en cuenta, sobre todo, que la figura de Comenio quedó en parte sin relieve para sus contemporáneos y que no llegó el pedagogo de Nivnitz a ocupar el puesto que hoy tiene en la historia de la Pedagogía, hasta que lo rehabilitaron los estudios de los historiadores alemanes de mediados del siglo pasado.

San Juan Bautista de La Salle procedía de otro clima intelectual. En su formación teórica hay que incluir, además de los varios tratados *De usura*, *De emptione*, *De Regimine Principum*, que, desde luego, entraban en los planes comunes de la formación teológica y filosófica de la época, los sermones de San Bernardo de Claraval, que, en lo que hace a lo social, bien pudieran ser los que tratan de *las riquezas, del trabajo y del salario*; las concepciones de Suárez, a la sazón explicadas en las principales Universidades europeas; las de Belarmino, tan difundidas y apreciadas también, y, sobre todo, la magna construcción políticosocial de Santo Tomás de Aquino, que estructuraba, mediante la racionalización esquemática de la vasta síntesis de su tratado *De Lege*, las líneas fundamentales de la sociología cristiana.

Con este persupuesto de un orden social deducido de una ley natural que obliga a todos los hombres, y en el que la pérdida de un solo engranaje descompone la armonía del conjunto, enjuicia Juan Bautista la formación de la juventud de su época. Si consideramos el despertar económico de Centroeuropa a fines del siglo xvii, el surgir de naciones poderosas con una base exclusivamente

financiera y comercial, como les sucedía a Holanda y Bélgica, y el impulso industrial que le imprimió a Francia la política inteligente de Colbert; si recordamos, a continuación, que, cuando un país empieza a enriquecerse, automáticamente reclama, por este mismo hecho, en un proceso de circularidad indefectible, el mejoramiento de la preparación técnica de sus individuos, y si unimos a ello el triste espectáculo de toda una clase social, la más numerosa, incapacitada para adaptarse a las nuevas condiciones de vida y, por tanto, abocada a la miseria material y moral, tendremos una idea de conjunto acerca del panorama social tal como se ofrecería a la preocupación educadora de San Juan Bautista de La Salle. Detengámonos en la obra con que este hombre enriqueció las actuaciones educativas, prescindiendo de los denuestos que pronto iba a merecer de parte de los *filósofos* y enciclopedistas, que sólo vieron en los hermanos de las Escuelas Cristianas «les fléaux terribles qui arrachent les bras à la terre», aunque la exposición de estas diatribas no dejara de tener un significado aleccionador y, desde luego, regocijante.

* * *

Por los años de 1666, un hombre lleno de celo luchaba y trabajaba para conseguir escuelas primarias gratuitas, donde alimentar las almas—más necesitadas aún que los cuerpos—de la infancia desheredada. Luchaba y trabajaba, pero también escribía... Era el abate Carlos Demia, que había escrito a los magistrados lyoneses, con acentos nacidos del corazón, la urgente necesidad de una enseñanza eficaz como remedio ideal de la delincuencia infantil. Los «cahiers» de Demia cayeron en las ávidas manos del joven canónigo De la Salle, como semilla nueva en tierra óptima.

Juan Bautista de La Salle, nacido en 1651, había venido al mundo dos años después de que el abate Bourdoise

hubiese instituido una Asociación con el exclusivo objeto de pedir al cielo el hombre idóneo, capaz de acometer la educación de las clases desheredadas en un sentido apostólicamente eficaz.

Por aquella época, la Asociación había caldeado los ánimos de los alumnos del Oratorio, cuyo fundador, Olier, había también creado una escuela para los pobres.

La Salle aunaba, como rasgo distintivo de su carácter, dos cualidades frecuentemente opuestas: la generosidad y el método. El espíritu ardiente, que un celo auténtico inflamaba más y más, le inquietaba ahora con un oscuro desasosiego de hacer algo grande por la gloria de Dios. Por otra parte, su admirable adaptación a las sinuosidades de la realidad, y el poder, cuyo secreto poseía, de ordenarlo todo a su paso—como cuando organizó en la propia casa paterna a sus diez hermanos huérfanos bajo un régimen semimonacal de estudio y oración—, enriquecían su personalidad con las dotes de prudencia y método, que en todo tiempo les han sido asignadas como características a los hombres de acción.

Por eso, ahora que ante sus ojos, como mandatario de Mme. Maillefer, el maestro Nyel fundaba en Rouen escuelas gratuitas para niños pobres, monseñor De La Salle siguió las peripecias de estas fundaciones como quien asiste en espectador al desarrollo del argumento íntimo de su vida.

Porque Nyel estaba transformando en cálidos nidos de pequeños, aquel deseo hasta entonces indeterminado, pero no por eso menos persistente, que desde hacía algún tiempo le inclinaba a apostolizar enseñando. Pronto, por medio de este impulso y de esta idea, se desbordaría a sí mismo y en aras de él, arrastrado, arrebatado, elevado, como un torrente sublime sabiamente encauzado, el noble y joven filósofo se haría... maestro de escuela y maestro de maestros de muchas escuelas de Cristo.

El—los santos siempre son impersonales—hubiera que-

rido que aquellas nacientes escuelas de Nyel hubieran llenado el objetivo que sus fundadores se proponían. En realidad, el bueno de Adriano Nyel no cuidaba tanto de la eficacia de los establecimientos cuanto de su difusión, y aquellas escuelas de caridad estaban a dos dedos de resultar francamente inoperantes.

Por eso, tras algunos ensayos «de vía media» y otros intentos frustrados; tras no pocas dudas y repetidas consultas a las personas esclarecidas de quienes por entonces fiaba la dirección de sus asuntos, el noble canónigo De La Salle se decidió solemnemente, en una clara mañana de junio de 1681, festividad de su santo Patrón, a alojar en su propia casa los rudos maestros de aquellas nuevas y pobres escuelas y a darles una norma de vida y un plan de orientación que los hiciera aptos para desempeñar con más dignidad aquel cometido suyo del magisterio, hasta entonces tan zafamente servido. El mismo día, el joven sacerdote se había comprometido, con voto irrevocable, a trabajar de por vida en la santa empresa de favorecer y promover la escuela cristiana.

Pero, ¿qué criterio aportaba el nuevo fundador?

Juan Bautista de La Salle venía a la educación con un propósito francamente renovador, mejor diríamos, revolucionario.

Como apóstol auténtico, necesita llegar hasta el centro mismo de las almas para poseerlas en sus fondos más íntimos. Esto sólo puede conseguirse a cambio de ofrecerles lo que ellas ciertamente necesitan; por eso afronta en toda la línea el problema de plantear una escuela práctica que responda a necesidades auténticas, creadora de valores reales, aptos para trocarse luego en servicios de perentoriedad vital tal como tantos desheredados de todos los tiempos la habrán de necesitar.

Aquella profunda intuición de la realidad que siempre le acompaña al calibrar las difíciles situaciones en que su doble postura de revolucionario de la escuela y fundador

de una familia religiosa le coloca, hace de San Juan Bautista de La Salle el pedagogo más eficazmente realista de los tiempos modernos.

Vamos a polarizar en torno a cuatro hitos las nuevas aportaciones que La Salle introdujo en la escuela.

a) *Enseñanza popular en lengua materna.*

Por muy extraño que hoy nos resulte, las escuelas de primeras letras del siglo xvii, como las del xvi y todas las medievales, se proponían por finalidad única la lectura y escritura en latín. Sólo una vez conseguido esto, podían ocuparse los alumnos en ejercicios sobre la lengua nacional, los cuales, como materia de enseñanza teórica, eran francamente despreciados. Ni más ni menos que en los lejanos tiempos de la baja Edad Media, cuando un viajero podía recorrer Europa desde la Diócesis Hispalense hasta los fríos países teutones y desde la culta Constantinopla hasta las Abadías de S. Beda, en el país de los anglos, valiéndose sólo de la lengua de Lacio.

«Il faut premièrement—dice el reglamento de una escuela parroquial—, que les enfants, avant d'être mais a la lecture française, sachent bien lire en toutes sortes de livres.»

Sin embargo, el estancarse en la tradición, a. medida que las circunstancias sociales evolucionaban, iba haciéndose más rutinario día por día.

A fines del siglo xvii son tantos los progresos arrolladores de las lenguas modernas, que el balance de fin de siglo arroja ya más libros en lengua vulgar que en la latina.

En la vida corriente, los progresos de la lengua vernácula alcanzan cada día un incremento sensible. ¿No sería mejor llevar a la escuela esa misma lengua, hablada ya, con carácter exclusivo, en la familia, en la calle y en la profesión? Las escuelas de La Salle irrumpen en el mundo con esta innovación de su acercamiento a los intereses

del educando traducida en este primer paso de «hacerse entender».

Es verdad que en Port-Royal se habían empezado a usar las lenguas latina y francesa al mismo tiempo, pero el exiguo número de sus alumnos y la escasa pervivencia del establecimiento hicieron en la práctica intrascendente la innovación. Y aunque los Oratorios quisieron en un principio introducir la enseñanza del francés, y aún los jesuitas se pronunciaban por un criterio humanístico más amplio, la enseñanza primaria empieza a cultivar en gran escala y por sistema la lengua materna a partir de la fundación de las Escuelas Cristianas.

b) *Graduación de la enseñanza.*

Si nos asomamos a una escuela primaria tal como ya se hallaba organizada en el siglo xv, y como duró hasta bien entrado el xviii en muchos sitios, no debemos esperar encontrarnos en ella con ninguna división de clases.

Tal vez la figura bizarra de un viejo soldado licenciado, herido por las armas y los años, aparece presidiendo el mísero tugurio escolar, rodeado de niños de toda edad y condición, que esperan en un mismo local y con más o menos impaciencia, la llamada del maestro.

San Juan Bautista de La Salle estableció la división, por tanto tiempo aceptada, de dos grados fundamentales en la enseñanza primaria: grado elemental y grado superior. San José de Calasanz había también introducido la graduación en sus escuelas.

Los mismos libros hasta entonces usados, hechos con mejor voluntad que propósito didáctico, consistían generalmente en algún abecedario de mayúsculas y minúsculas sucesivamente. A continuación, una página con las vocales destacadas y los diez primeros números, árabes y romanos. Venían después las sílabas inversas y las directas, para concluir con el Credo, Pater Noster, Avemaria, algunas otras oraciones y, finalmente, el «Modo de ayudar a la Santa Misa».

Tras estos ejercicios se pasaba a la lectura y aprendizaje del *Sa'terio*, del *Oficio Parvo* de la B. V. M., al *Flos Sanctorum* o la *Historia Sagrada*. Estaban taxativamente vedados los libros de fábulas, romances y cualquier clase de narración o sucedido menos edificante.

El señor De La Salle empezó a enseñar en el primer grado de sus escuelas catecismo, lectura y escritura del francés y cálculo. En el segundo grado se añadía Gramática y Ortografía de la lengua patria. La Aritmética aplicada a los pesos y medidas y una contabilidad limitada a la composición de facturas, libramientos, obligaciones, balances, registros, inventarios, etc.; la lectura de textos góticos y manuscritos anticuados; ejercicio de la escritura cursiva y gótica para los fines de los diversos cometidos prácticos y el dibujo aplicado a las artes. Todo ello con el fondo de la lengua nacional como materia de estudio y medio comunicativo del saber.

c) *Enseñanza simultánea.*

Para que estos ambiciosos objetivos tuvieran una realización efectiva, hubo desde el primer momento que abandonar el procedimiento individual que hasta entonces había reinado sin discusión en la escuela, esto es, la atención a cada alumno en particular con una lección o tarea personal de la que daba cuenta directamente al maestro, mientras, como es natural, éste dejaba, por lo mismo, abandonado el resto de la clase. Era, pues, frecuente intentar suplir con la repetición de las lecciones la falta de explicación, cuando no con el pavor de la palmeta, que, dicho sea de paso, era un medio universal de disciplina para todos los meridianos, como lo prueba la coplilla popular italiana, no exenta de ironía:

Santacroce be a ba,
il maestro me le da,
me le da con la bacchetta.
Santacroce benedetta!

Ya se comprende que con tales procedimientos, la cultura suministrada había de tener una compendiosidad alarmante.

En algunos casos, es verdad, se echaba mano de la enseñanza mutua, mediante lecciones repasadas por un instructor o repetidor, pero esto sucedía en contadas ocasiones. La enseñanza colectiva se estimaba buena para la Universidad, los cursos de Artes y de Latinitad; en modo alguno para los modestos cometidos de la escuela primaria.

San Juan Bautista de La Salle da el paso definitivo en la implantación de la enseñanza colectiva, que ya desde entonces será aceptada sin discusión en toda la enseñanza moderna.

d) Iniciación profesional técnica.

En el siglo xvii, como en nuestros días, el medio normal de emancipación de las clases populares es la preparación técnica de sus miembros. Hoy, como entonces, el tópico en que desemboca el aluvión de los ineptos es el trabajo indiferenciado de las ocupaciones pasadas: transportes, trabajos agrícolas, laboreo de minas, etc. Si junto a las nociones generales de instrucción y piedad que la moderna escuela popular lasalliana procuraba a sus discípulos, pudiera iniciarlos en el ejercicio de ciertos oficios, aportaría, sin duda, al complejo problema social que se cierne en torno a la escuela una solución inédita, eficaz y, para el sector más numeroso, seguramente definitiva, por lo menos en sus líneas generales.

Que ello fué preocupación del Santo desde que prestó su persona y vida a la causa de la educación, lo prueban las empresas a que dedicó a los hermanos antes de la creación de la famosa escuela de Saint-Yon, en Rouen, de que después nos ocuparemos.

La parroquia de San Sulpicio, de París, tenía montados unos talleres de trabajo que ocupaban a numerosos muchachitos, la mayoría de ellos no salidos aún de la in-

fancia. A encargarse de tales talleres fué llamado San Juan Bautista con dos de sus hermanos.

Desgraciadamente, los talleres no llegaron a estar totalmente confiados a la dirección del santo, y el desorden, la insubordinación y la inmoralidad reinaban por doquier.

En realidad, el establecimiento no correspondía a ningún propósito educativo, sino más bien a fines mercantiles. Por eso monseñor De La Salle hubo de abandonarlo: a San Sulpicio le faltaba justamente el propósito educativo que San Juan perseguía, la base de educación general que en todo momento se le ofrecía al Santo como condición ineludible y previa de una enseñanza técnica profesional. Los oficios deben injertarse en la escuela como un medio de hacerla vital—venía a pensar el Santo—, pero jamás deben reemplazarla. Y es lo que en efecto sucedió con la creación de las Escuelas de Aprendizaje.

A ellas se llevaron pronto, junto a los elementos educativos de índole general, las instalaciones necesarias para iniciar a los alumnos en el aprendizaje de los principales oficios.

Cuando la obra de Juan Bautista de La Salle organizó sus escuelas, ya no fueron éstas *L'atelier de charité* de San Sulpicio, sino escuelas de formación profesional, en las que técnicos especializados impartían, según programa y bajo la vigilancia estricta de los hermanos, los elementos de las profesiones a millares de adolescentes.

Esta institución, que ha sabido resistir heroicamente, por un lado, a la tentación de entregarse exclusivamente a la enseñanza del bachillerato, y por otro, a la noble aspiración de convertir sus miembros en sacerdotes, cuenta hoy en todo el mundo con multitud de establecimientos para la formación profesional, que en sus líneas fundamentales están concebidos según los vió y los planeó en pleno siglo xvii este genio del realismo educativo cristiano, que es San Juan Bautista de La Salle.

Según su propio criterio, podríamos decir que las direc-

ciones de esta educación técnica se agrupan, en líneas generales, bajo uno de estos tres grandes epígrafes: Preparación comercial, Formación agrícola y Escuelas de aprendizaje.

Detengámonos en estas últimas.

Las tendencias modernas escolares desembocan sin ambages en una iniciación profesional, siquiera sea de tipo genérico.

Así lo reclamaban las conclusiones del Congreso Internacional de Educación Técnica (Lieja, 1930), el de Barcelona (1934), y lo siguen pidiendo cuantos autores se ocupan de problemas psicotécnicos relacionados con la orientación profesional, así como cuantas empresas, aunando intereses sociales y económicos, pretenden instaurar racionalmente la selección profesional. La escuela, por su parte, si quiere vitalizarse, si aspira a entroncar su propia actividad con las venas fundamentales de la vida social, tiene que orientarse en sus últimos años hacia unas enseñanzas más concretas e interesantes, tales como sólo los objetivos profesionales pueden ofrecerlas.

Hoy día, tenemos como un adelanto positivo la introducción en el último año escolar de muchas escuelas, sobre todo extranjeras, de la práctica de familiarizar a los alumnos con los materiales fundamentales del trabajo de artesanía, hierro, madera, textiles, cartón, dirigido todo ello por un maestro especializado.

Y aún semejante orientación se nos aparece como único medio eficaz de retener en la escuela a los muchachos, de doce a quince años, cuya desbandada es si no inminente. La actual Ley de Educación Primaria señala un paso importante de acercamiento a ese ideal.

Pues bien, éste es el mérito incuestionable del pensamiento rector de las Escuelas Cristianas. El haberse estructurado cara a la vida. El haber hecho frente a las necesidades escolares y sociales conjuntamente. El haber acertado a plasmar, mediante un organismo docente idó-

neo, ese desiderátum de un paso escalonado y seguro entre la formación general, tal como se le pide a la escuela popular para la infancia, y la iniciación preprofesional tal como la necesita el adolescente en el momento decisivo de su incorporación a la comunidad social por medio de la profesión.

¿Cómo explicarnos el éxito de San Juan Bautista de La Salle hace más de dos siglos y medio?

En primer lugar, replanteándonos el problema que él se planteó totalmente, no desde un ángulo meramente formal, siquiera nos sea tan caro como el pedagógico, sino sumergiéndonos en la vorágine complejísima de lo social, tal como llegó a golpear en su corazón de apóstol.

Los últimos años del siglo xvii acentuaban la urgencia de una situación económica angustiosa, que los remedios hasta entonces intentados—la escuela inclusive—no acertaban a mitigar poco ni mucho.

Son para España los decantados días de depauperación del infortunado reinado de Carlos II. Pero el problema en Reims, en París—a pesar de los esplendores del Rey Sol—, en Roma, en Londres y en Viena es el mismo.

En París, en tiempos de Colbert, se contaban de cuarenta mil a cincuenta mil mendigos; en Rouen serían unos doce mil, de veintiséis mil habitantes; en Troyes, unos siete mil, de dieciocho mil habitantes. En Lyon, el año 1619 había seis mil obreros reducidos a la mendicidad y en 1627 habían ascendido a veinte mil (2).

Las economías nacionales de los siglos xvi y xvii señalan «el pauperismo» como un hecho irremediable.

¿Qué hacían los poderes públicos para contrarrestarlo?

En primer lugar, para la economía nacional, el pobre es un *parado*, tiene hambre y la ignavia le roe aún más que el hambre. Los ociosos constituyen una amenaza difusa, pero insistente, para el bienestar público, que des-

(2) Fanfani, *Storia Economica*, pág. 190, cfr. «Rivista Lasalliana». Gennaio, 1947; páginas 30 y siguientes.

pierta ruidosamente a los progresos de la técnica. Colbert, por citar un contemporáneo y aun paisano de La Salle, invierte sus poderosas dotes organizadoras en hacer de Francia un país manufacturero. En consecuencia, desde un punto de vista exclusivamente económico, engloba en una miope apreciación cuantos tipos de personas no cooperan directa e inmediatamente a su propósito: «il declare une sorte de guerre aux mendiants, aux religieux et aux rentiers, ne voulant partout que des travailleurs». Los primeros remedios públicos imaginados estuvieron en perfecta consonancia con este criterio: penas, trabajos forzados, confinaciones y fijación de residencia obligatoria.

En otro sentido, pero convergente también, están los asilos: en Francia, *Les hôpitaux généraux*; en Italia, los *Alberghi dei poveri*; en Inglaterra, *The Work-Houses*. San Juan Bautista no puede permanecer indiferente a la crisis económica, frente a la cual reacciona con el gesto de una posición límite. En el crudo invierno de 1684, en que el hambre causó considerables estragos, él se despoja absolutamente de todos sus bienes en favor de los miserables.

Ahora será un pobre entre los pobres.

Es que para él los pobres no pueden ser sólo el producto del vicio. ¿Cómo serían si no la imagen de Dios?

No hay sólo abandono. Es, sin duda alguna, la pobreza también el término relativo de la injusticia de la riqueza. Por eso observa un historiador moderno que entre los ideales económicos de la antigüedad y los profesados en el mundo, cuando en éste se desarrolló el cristianismo, existen múltiples diferencias que, sin embargo, pueden concretarse en una aspiración nueva: el establecimiento de la justicia social.

Ahora bien: aunque ciertamente los deberes de justicia arrancan de un *derecho*, y los de caridad de una consideración *personal*, de tal manera se entrecruzan y sostienen mutuamente, que en la práctica sólo somos justos con aquellos a quienes amamos.

Por eso hay que bucear en los arcanos de aquel corazón encendido en la caridad evangélica para con las clases más necesitadas, a fin de encontrar la fuente de aquella soberana justicia que les hizo, al subvenir a uno de sus derechos más olvidados: *el de prepararse dignamente a vivir*, por medio de un sistema escolar inspirado en el más auténtico realismo.

En su país empieza a florecer por entonces una nueva fuente de riqueza, y él no mira con desagrado tanto las manufacturas reales como las privadas.

Así, desde su punto de vista global, las escuelas de aprendizaje que habían de preparar para esas manufacturas surgen casi con la concepción de la escuela popular, forman parte de un mismo plan de formación de toda la personalidad del alumno. Por lo demás, el sensato equilibrio y fino tacto educativo de La Salle vino a completar este acierto inicial de su impulso místico en favor de la infancia pobre. Porque, al introducir en la escuela la preparación profesional, no se dejó absorber por ella, sino que desde el primer momento respetó las exigencias generales de una formación primaria, sin la cual toda especialización podría ser nociva.

Lo que dos siglos después no comprendió Salicis, lo intuyó él desde el primer momento.

Deslumbrado con las conquistas de la enseñanza técnica en la escuela primaria, el inspector general de Enseñanza, Salicis, abrió en París talleres de carpintería, modelado, cerrajería y forja. Los niños empezaban a trabajar algunas horas semanales a partir de los siete años.

Estas escuelas, que se multiplicaron rápidamente, hubieron de cerrarse por introducir excesivamente pronto los ejercicios profesionales.

Por el contrario, el fundador La Salle, en la «Conduite» deplora el apresuramiento de algunos padres en poner en seguida sus hijos a trabajar. «Conviene advertirles—dice—que de este modo les perjudicarán no poco, y que para

hacerles ganar poca cosa les harán perder ventajas mucho más notables» (3).

Por eso, estas escuelas técnicas que los hermanos abren y en las que los alumnos alcanzan un trabajo progresivamente remunerador, presentan desde el principio una sabia dosificación profesional, injertada en los programas generales de la escuela. Pero la escuela, los hermanos, el Instituto no llegan nunca por ese camino a anular su acción en otros sectores. Esto sería encumbrar el profesional, con detrimento del hombre, cuando no podemos olvidar que la profesión no es todo el hombre. Los grandes núcleos de interés, en torno a los cuales se plasma la personalidad humana en los difíciles años de la pubertad, admiten, por lo menos, tres direcciones fundamentales: la *profesional*, intimamente relacionada con la inserción social del joven; la *erótica*, como base psicofisiológica de las exigencias y aspiraciones relacionadas con la vida de familia, y la *religiosa*, como base y coronamiento trascendental de toda la trayectoria de la vida.

A la educación le interesa todo el hombre, y no puede negarse a sí misma en aras de un menguado utilitarismo. Por eso, en las Escuelas Cristianas no lo es todo la profesión, sino que siempre queda un margen a la formación religiosa, moral, familiar y aun artística, lo cual no deja de redundar en bien de la misma profesión, como siempre que en educación se sacrifica un valor inferior a otro superior. Porque estas escuelas devuelven al obrero manual la libertad de la inspiración, liberándolo, mediante la formación religiosa y cívica, del servilismo del oficio, y comunicándole así la conciencia de la propia dignidad, ya que un auténtico cristianismo, lejos de equiparar las clases elevadas al honor y las bajas al deshonor, exalta los valores personales de no importa el cargo que sea, con tal de que esté desempeñado con noble y esforzada virtud.

(3) *Conduite*, pág. 200.

Este proceder cuenta con un ideal bastante consistente para penetrar hasta los más íntimos fondos de la vida social, tal como sólo puede hacerlo la religión. Nada más despersonalizador y, por tanto, menos formativo que un obrero mecanizado, hecho a la imagen y semejanza del instrumento que sirve. Esto es, el trabajo carente de contenido espiritual, reducido a fórmulas obligatorias y anti-estéticas estandarizadas. El arte sólo existe en la libertad, y ésta sólo se nos da como una victoria del impulso ordenado sobre el ciego y espontáneo. Esta libertad, cuya manifestación social es un medio ambiente propicio al bienestar y de gozo, en el que la serena égida de los cánones eternos preside la realización de toda obra y pone un impulso de grandiosidad y espíritu, hasta en el más ínfimo detalle.

Las escuelas de aprendizaje conservan en manos de los hijos de La Salle todo el valor formativo de una obra apostólica en la que lo profesional viene a encuadrarse en el marco general de educación, como un símbolo del obrero que en ellas se va plasmando, sobre la personalidad quebradiza e insegura del adolescente.

Tal la escuela de aprendices que funciona en el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, en Madrid. Unos doscientos cincuenta muchachos internos reciben educación primaria hasta los catorce años, mientras, progresivamente, se van introduciendo en ella las oportunas ampliaciones para derivarlos hacia los talleres de imprenta, encuadernación y litografía que en el establecimiento tienen montados. Al frente de las máquinas se halla personal especializado, elemento iniciador, que actúa siempre bajo la dirección y vigilancia del hermano encargado de la sala.

Hay que destacar en estos talleres el moderno material de que disponen: sus seis magníficas linotipias y las excelentes máquinas de imprimir, litográficas, etc. Bien podemos considerar el establecimiento como modelo de los

de su género, y sus alumnos, diseminados por toda España, acreditan con su conducta y preparación la excelencia del sistema empleado.

En Los Corrales de Buelna, provincia de Santander, en las importantes fábricas de la Empresa Quijano, dedicadas a la elaboración de puntas, alambre y construcciones metálicas diversas, existe, sostenida por esta entidad, y a cargo de los hermanos, una escuela de enseñanza primaria orientada hacia el aprendizaje en los talleres de este importante centro de producción.

Los jóvenes aprendices siguen este plan de estudios: por la mañana, Aritmética, Álgebra, Geometría, Geometría descriptiva, Física, Química, Mecánica, Electrológica, Dibujo industrial, etc., sin olvidar las materias formativas principales. Por la tarde hacen prácticas en los talleres, bajo la dirección de maestros técnicos.

A fin de curso hay exámenes, presididos por un ingeniero de la fábrica, en los cuales se decide el paso de un curso a otro. Al terminar el tercer año quedan colocados en la fábrica, con miras al ascenso progresivo a que les hace acreedores su buena preparación.

En Legazpia (Guipúzcoa), la Empresa de don Patricio Echeverría ha montado una escuela con caracteres análogos a la anterior. En Andoain (Guipúzcoa), los hermanos de las Escuelas Cristianas dirigen un establecimiento de este mismo estilo. Esta Congregación religiosa está encargada de las escuelas que la Sociedad Española de Construcción Naval ha instalado en El Ferrol. Están estas escuelas divididas en ocho clases, para hijos de sus obreros. Cada año, previo examen de capacidad y aptitudes, se inicia en los talleres de la misma entidad un número de jovencitos para cursar en ellos su aprendizaje.

En San Fernando y Puerto Real (Cádiz), la misma Sociedad Constructora Naval está actualmente adaptando las escuelas de enseñanza primaria que los hermanos regentan, a fin de convertirlas en escuelas de aprendizaje bajo

la misma dirección. También en Zaragoza se han empezado ya a montar importantes talleres con el mismo fin.

A fin de ofrecer una idea, aunque somera, de la marcha de estos establecimientos, insertamos a continuación un esquema de las materias y puntos fundamentales que se abordan en estos *talleres de aprendizaje industrial*.

PRIMER AÑO.

Religión, Dibujo, Geometría, Aritmética razonada, Física y Química, Historia de España.

Preparación técnica:

1. Prisma.—2. Compás grueso.—3. Armazón de sierra.—4. Escuadra de 120° y 90° (recta).—5. Idem id. (calibre).—6. Idem id. de 90° (grande).—7. Idem id. (pequeño).—8. Compás de patas.—9. Compás de puntas.—10. Falsa escuadra.—11. Escuadra de centros.—12. Ajuste. Cola de milano simple.

Repetición:

1. Prisma.—2. Compás de grueso corriente.—3. Idem de patas.—4. Escuadra de talón.—5. Escuadra de 90° (grande, plana).—6. Ajuste. Placa biselada.—7. Idem ensamble en prisma.—8. Idem cuadrado, cerrado.—9. Idem redondo, con chavetas.—10. Idem cola de milano en diagonal.

SEGUNDO AÑO.

Religión, Geometría descriptiva (enseñanzas técnicas), Física, Álgebra y Trigonometría, Dibujo.

Enseñanza técnica:

1. Ajuste. Ensambladura en U.—2. Idem en T.—3. Idem trazado del Júpiter simple.—4. Idem id. compuesto.—5. Doble cola de milano.—6. Idem de triángulo.—7. Idem mixto.—8. Idem ensamble en cola.

TERCER AÑO.

Religión, Mecánica elemental, Propiedades de los materiales, Electricidad, Dibujo, Historia de España.

Enseñanza técnica:

1. Ajuste. Prisma cuadrado abierto.—2. Exagonal (interior y exterior).—3. Pentagonal (interior y exterior).—4. Escuadra de ángulo.—5. En T, cilíndrica.—6. Cónico radial.—7. Prisma radial.

CUARTO AÑO.

Religión, Electrotecnia, Tecnología mecánica, Máquinas, Dibujo.

Enseñanza técnica:

1. Torno herramental.—2. Despiece de compases..., etcétera.

* * *

Las *Escuelas de Artes y Oficios* tienen, asimismo, un origen lasalliano.

El celo del Santo había consentido en hacerse cargo esporádicamente de algunos muchachos cuyo carácter discoló resistía la tutela de una educación normal. Estos muchachos le eran confiados bien por los oratorianos o por los párrocos, y aun por las familias. Todos ellos entraban a formar parte de los alumnos de Saint Yon, diluyéndose en la totalidad y adquiriendo bien pronto los hábitos de orden y constancia de los demás alumnos.

Hasta que en cierta ocasión un insigne bienhechor de la nueva Fundación, Camus de Pont-Carré, admirado del ambiente que reinaba en el pensionado, solicitó de su fundador consintiera en dedicarse a la reeducación de muchachos, ya delincuentes, ya en circunstancias próximas al delito.

Los primeros alumnos le vinieron, parte de los tribunales, parte directamente de sus familias. Separó a los de distintas procedencias, instalándolos en lugares aparte y sometiénolos a regímenes diversos. A los segundos les consintió dormir en dormitorio común y disfrutar de una libertad en armonía con su conducta. Los otros, más peligrosos, fueron recluidos cada uno en su habitación, con permiso de cultivar en ella, para su distracción y recreo, flores en el repecho de la ventana, provista de jaulas para criar pájaros en ellas. Inmediatamente puso a su disposición una buena biblioteca para iniciar así la cultura de la mente y del corazón.

Pero eso no era todo. Tenía San Juan de La Salle una concepción clave que la hallamos siempre en la base de su peculiarísimo apostolado. Se trata de su concepto del trabajo. Para él, la ociosidad, hija de la pereza, es un estado antinatural. La condena de palabra y por escrito siempre que se le presenta ocasión, y todo el sentido de su vida reposa de alguna manera en su fe en el trabajo como medio educativo y ennoblecedor. El trabajo es necesario para el cumplimiento de todos nuestros deberes, y por eso mismo, el primero de éstos. La acidia reviste, por tanto, un grado de culpabilidad considerable, porque el trabajo, de cualquier clase que sea, es siempre un deber social. Con él devolvemos a los demás, en cuanto está de nuestra parte al menos, algo equivalente a lo que de ellos recibimos. Es, por tanto, un deber estricto de justicia anterior al precepto formal de Dios: «Comerás el pan con el sudor de tu frente» (*Gen.*, 3, 17). Este es el dictamen de la escuela lasalliana, que no ve en el trabajo sólo una ley coercitiva y una consecuencia del pecado, sino una ley orgánica de la Naturaleza, según aquella palabra del Génesis que dice textualmente que Dios puso a Adán y Eva en el Paraíso «para que trabajaran». Para San Juan, el amor es el presupuesto ineludible de la fatiga, y sin fatiga y esfuerzo no se hace nada grande en la vida. Pero

como el amor es la gran ley de la creación, y esta ley nos hubiera obligado, aun sin la caída original, San Juan Bautista de La Salle parece participar de las teorías suaristas cuando afirma que las dependencias sociales que por doquier cercan al hombre han sido impuestas por el Creador para constreñirle irremisiblemente al cumplimiento de la ley universal de la caridad.

De acuerdo con esta dignificación del trabajo, que lo presenta como una exigencia ineludible de la caridad y pensando que en él reside una gran fuente moralizadora del espíritu, instala en la casa matriz de Saint Yon tres laboratorios: de carpintería, de talla y de trabajos en hierro (4).

Los dos grupos de muchachos, los que estaban en régimen preventivo y los que ya sufrían el correccional, trabajaban en esos talleres a distintas horas y recibían sucesivamente lecciones de Geometría, Dibujo y hasta de Arquitectura civil y militar. ¿Era el primer correccional en que el *trabajo* asumía un papel reeducativo? Lo cierto es que pronto el establecimiento asumió más bien el aspecto de colegio que el de correccional. Fué una *verdadera Escuela de Artes y Oficios*.

* * *

La respuesta de San Juan Bautista de La Salle a las necesidades realistas de su tiempo no se ciñó tan sólo a los campos reseñados en la enseñanza primaria. Sintió y se hizo eco de las aspiraciones de la burguesía media y baja, que a la sazón surgía en Francia y los Países Bajos como una clase nueva, con un empuje vital poderosísimo.

Para ello, pensó en organizar una enseñanza técnica especializada, cuyos objetivos tenían necesariamente que desbordar los de la escuela primaria. La creación del pensionado de Saint Yon respondió a estos propósitos. La gestión fué laboriosa y el Santo tuvo que vencer en ella, jun-

(4) *Annales de l'Institut des Frères*, t. I, París, 1883.

to a las dificultades de los extraños, las de su misma naciente comunidad, poco inclinada a rebasar las *petites ecoles* y lanzarse a esta aventura de éxito incierto, en un sector de enseñanza insospechado hasta entonces

Pero con el colegio pensionado de Saint Yon, La Salle realizaba la trascendental empresa de establecer por vez primera en los tiempos modernos la enseñanza técnica secundaria.

«Enseñábase en Saint Yon—dice un antiguo prospecto de Rouen—cuanto concierne al comercio, las finanzas, la cultura militar, la arquitectura, las Matemáticas; en una palabra, todo lo que un joven debe saber, excepto el Latín.»

La coetilla «excepto el Latín» y el estar dedicada a la enseñanza a burgueses acomodados hacen ver que se trata de un nuevo plan de estudios sin base humanística, pero de envergadura muy superior a una educación primaria.

Nos hallamos ante un verdadero bachillerato técnico. Y esto no como victoria sobre la concepción tradicional de la educación clásica, y menos aún como negación de los valores formales en la educación, que si, ciertamente, no residen con exclusividad en las Humanidades, en éstas se hallan representados con elevadísimo exponente y siempre serán esenciales en una formación superior completa; sino simplemente como creación de una realidad pedagógica determinada, que responde a un postulado de la sociedad moderna, a la que desde entonces las Escuelas Cristianas han servido con éxito lisonjero.

Era, en resumidas cuentas, la enseñanza técnica completa, elemental y secundaria, organizada antes de que apareciera en Alemania la *primera Escuela Real*, que Sémmler había de crear como iniciación de la cultura técnica en aquel país.

Por lo demás, los *pietistas* no abrieron otra semejante en todo el siglo XVIII, mientras que el Instituto de las Escuelas Cristianas contaba en vísperas de la Revolución francesa con once establecimientos de este género, entre

los que descollaba el de Marsella, que tenía estudiantes de toda Europa y aun de la lejana América.

Se enseñaba en estos establecimientos Gramática y Literatura de la Lengua francesa, Historia y Geografía, Contabilidad, Matemáticas, Geometría, Arquitectura y Dibujo, Historia Natural y Caligrafía. Pero de un modo especial se atendía a las enseñanzas comerciales (5).

La agricultura fué siempre bien vista. No así el comercio, que debía precaverse contra la usura, el engaño y la competencia. A pesar de ello, el comercio, en si, nunca se consideró deshonesto, y como las demás profesiones, puede jactarse de contribuir también al bien común. El fin de Saint Yon fué formar hombres de conciencia recta para los negocios, capaces de hacerse pronto cargo de empresas de importancia. Allí se estudiaba, como enumera el tratado de Savary, casi contemporáneo, «les marchands en gros et en détail, les agens des banques et de change et les cartiers, les livres et registres des négociants, marchands et banquiers, les sociétés, les lettres et billets de change et les promesses d'en fournir, les contraintes par corps, les séparations de biens, le défenses et lettres de répit, les cessions de biens, les faillites et banqueroutes, la jurisdiction des consul...»

Veamos el horario que regía en aquella primitiva casa:
Hora de levantarse: las cinco y media.

A las seis menos cuarto: oración de la mañana, seguida de la lectura de algún breve punto de meditación que el prefecto aplica sobriamente a los muchachos.

De seis a siete: clase.

A las siete: Santa Misa, seguida de desayuno y breve recreación.

De ocho a once y media: clases, que se suspenden para la comida y se reanudan de una a seis.

(5) F. Isidoro, *Un precursore*. Milano, 1926. pgs. 170 ss.

Media hora para merienda y recreo en medio de la tarde.

A las seis: ejercicio de piedad en la capilla; después, cena, recreo y reposo.

Vacación y paseo las tardes del martes y del jueves. Dos veces al mes, salida con la familia.

De entre las diversas derivaciones de la enseñanza técnica en Saint Yon, conviene destacar especialmente, como lo hemos hecho arriba, la orientada hacia el ramo mercantil.

Ha sido ésta una tradición que las Escuelas Cristianas han cultivado asiduamente. En ellas, las enseñanzas comerciales no dejan de tener un carácter sumamente práctico: una vez organizadas, todos los alumnos son *comerciantes establecidos*; cada uno trafica con sus condiscípulos en un artículo distinto; ellos mismos fundan y dirigen *Compañías bancarias, de Transporte, de Seguros*, etcétera, las cuales tienen sus oficinas y funcionan en la clase. En ésta todo es vida y movimiento durante la lección; parece un enjambre de laboriosas abejas; *comerciantes individuales y Sociedades* están en continua actividad, y unos y otras llevan su contabilidad propia según las operaciones que realizan entre sí. El dinero y las mercaderías circulan rápidamente.

En los primeros cursos las operaciones se hacen entre comerciantes de la misma localidad: la oficina (la clase) es una plaza mercantil.

En los siguientes, los alumnos están repartidos en varias plazas; la oficina representa una nación. La correspondencia ocupa un papel importante; las máquinas de escribir y las prensas de copiar se ponen en juego; las Compañías de Transporte, de Seguros y las Oficinas de Correos entran en plena actividad.

En los últimos cursos, los comerciantes se reparten en varias naciones. La oficina simula el mundo comercial. *La correspondencia en lenguas extranjeras, el cambio exte-*

rior, las oficinas de Aduanas, etc., ocupan lugar preferente. Por fin se llega a la práctica del comercio libre cuando ya los alumnos están capacitados para ello. Entonces se manifiesta con claridad el *hombre de negocios*: cavila, trata con unos, se asocia con otros, compara precios, contrata operaciones, consulta sus libros, etc. Además, los estudiantes forman una Cámara de Compensación, un Tribunal de Comercio que entiende en hechos reales que ocurren en la oficina, y los más adelantados dan *conferencias* sobre asuntos económicos a los colegiales de los cursos de Comercio.

Todos los *comerciantes* y *Sociedades* liquidan sus cuentas cada mes, y mensualmente también se cobran los *dividendos*.

La pérdida de tiempo no es posible. Este se fija automáticamente y casi siempre se queja el alumno de que no le basta el señalado para hacer las transacciones y llevar la contabilidad, obligándole así a adquirir una cualidad muy preciosa en el comercio: *la presteza* (6).

M.^a ANGELES GALINO.

(6) Estudios de Habilitado comercial, organizados en el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, Madrid.

SUMMARY

An aspect of popular Christian realism is shown in this article such as it was understood by St. Juan Bautista de La Salle. It is a sound and weighed realism that does not pretend to absorb all the manifestations of teaching, for in this one he acknowledges very important zones where humanistic education cannot be substituted. This realism is rather an intent to graft health and life in the popular preparation that primary school must needs provide to a great number of people, who will never receive, in a sistematic way at least, another instruction. It is also intended to carry a great deal of irradiation to secondary teaching and to give them in many ways what has to exert its favourable influence in the liberal professions which are often overloaded by the individuals who come to them, not by an authentic vocation but obliged by the present organization of teaching. Besides other interesting points St. Juan Bautista de La Salle offers us that of the tecnical and professional sense of his educational work, which is explained by our article.